

Gert Jonke

La escuela del virtuoso

Traducción de
Fruela Fernández

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2012

Título original:

Schule der Geläufigkeit

La traducción española se ha realizado a partir de la edición de 2006 de la Bibliothek Suhrkamp, volumen 1401

© 2002, Jung und Jung Verlag

© 2006, Jochen Jung (para el prólogo)

© **Ediciones del Subsuelo, Barcelona, 2012**

(para la edición española)

I.S.B.N. 978-84-939426-3-2

www.edicionesdelsubsuelo.com

© de la traducción: Fruela Fernández

Diseño de la cubierta: Maite Martín, Kilian López

Impresión y encuadernación: Grup4 Badalona

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

La presencia de la memoria

En el barrio residencial de las afueras, el fotógrafo Anton Diabelli y su hermana Johanna habitaban una casa ilustre, desde la que un amplio jardín semejante a un parque se extendía hasta los cercanos cerros de la cordillera y donde los hermanos celebraban cada año, durante los días más cálidos, una fiesta de verano a la que estaban invitados, además de los miembros de la clase política, numerosos artistas y, en especial, quienes de diversas formas se ocupaban del desarrollo de la vida espiritual con sus prolongaciones, así que yo, como alguien no del todo ajeno, me había acercado aquella tarde para ayudar si era necesario en los últimos preparativos y aprovechar también para ingerir antes de las festividades algunas bebidas que me hicieran más soportables las ataduras de aquellos parajes.

Llegué en el momento justo para ayudar a Johanna a colgar los óleos de los árboles —se trataba de una serie de jardines del pintor Florian Waldstein creada en exclusiva para este parque y su fiesta de verano—, un trabajo de precisión cuya complejidad no podría comprender un observador externo: en cada cuadro estaban representados justo aquellos fragmentos del jardín que la superficie del cuadro correspondiente cubría, y con tanta fidelidad al natural que desde cualquier perspectiva se confundirían con aquella naturaleza, por ello la colocación al milímetro de lo expuesto en los puntos designados era una exigencia absoluta que debía cumplirse para que las obras ejerciesen el efecto previsto por el artista. Estábamos colgando un cuadro

que representaba la perspectiva de la entrada al jardín, donde se veía precisa esa oculta puerta de entrada —estando ante ella podía uno convencerse por completo de que no se abandonaba el jardín dando un rodeo ante el cuadro en dirección al portón, sino *entrando en el cuadro, abriendo la puerta representada en el cuadro, desvaneciéndose tras el cuadro*—, cuando el altavoz de una radio encendida en alguna parte anunció que, en breves momentos, habría una emisión con Kalkbrenner, la joven promesa de la poesía; se oyó después a Kalkbrenner en una de sus amadas charlas teórico-populares, esta vez se ocupaba ciertamente del Todo, hablaba de diversas representaciones del mundo, las representaciones del mundo se reconocían porque en ellas suelen representarse cosas que de forma directa o indirecta están conectadas con el mundo, suelen colgarse en las paredes del mundo, aunque en principio sea posible alojarlas en otra parte; pero si se cuelga en una pared del mundo una representación del mundo que represente con exactitud aquel mundo donde está colgada, no sería difícil que revelase al espectador atento que el mundo donde justamente se hallaba quizá no fuese un mundo en absoluto, sino más bien una representación del mundo dentro de un mundo o de una representación del mundo, etc.

Anton Diabelli caminaba por el parque, supervisando los trabajos de preparación del personal para la velada con una cámara polaroid colgada del hombro.

Mi hermano es una de las escasísimas personas que me resultan familiares, dijo Johanna, y a veces tengo la impresión de que la realidad no le resulta creíble hasta que, fotografiada por uno de sus aparatos, la ve ante sí y puede perderla por sus bolsillos y mapas y traerla de vuelta a la luz;

por eso no experimenta nada hasta que ha pasado y se ha ido hace mucho, hasta que sencillamente se le ha escapado. Antes de poder experimentar algo, a menudo debe haberse pasado muchas horas sentado en su cámara oscura.

Diabelli fotografiaba sin cesar por todo el jardín y comparaba las imágenes dispuestas que sacaba del aparato con aquellas que tomaba de los bolsillos atestados de su americana.

¿Qué hace tu hermano?, pregunté.

Compara, respondió Johanna, las fotografías que hizo el año pasado por toda la fiesta con la posición de los objetos que se colocan para esta noche.

¿Por qué?

Para que no se cometan errores.

¿Qué errores?

Todo ha de ser completamente igual que en la fiesta del año anterior, respondió la hermana del fotógrafo.

Murmurando algo incomprensible consultó en ese momento a su hermano, que pasaba entonces rozándola y me lanzó una mirada de minuciosa comprobación, con una mueca cargada de una densa conciencia de responsabilidad, mientras decía, en el más grave de los tonos, como si tuviera que explicarme la gestión de las cuentas de la magistratura: Si antes me prometes que no hablarás de ello con nadie y que no transmitirás nada, puedo confiarte algo importante.

Lo que tendrá lugar entre nosotros esta noche, continuó Johanna, no será una típica fiesta de verano, sino un exacto reflejo, no, mucho más que un reflejo: una REPETICIÓN DE LA FIESTA que celebramos el año pasado en la misma época en el mismo día a la misma hora.

Ha de ser exactamente la misma fiesta, añadió Diabelli.

¿Insinúas, dije, que la gente no apreció del todo la fiesta del año anterior y por ello quieres ofrecérsela de nuevo?

Los mismos invitados, dijo Johanna, que en el mismo momento tuvieron las mismas conversaciones repetirán las mismas historias que el año anterior, los mismos conceptos, los mismos gestos, miradas y sensiblerías.

Confundes, dije, el transcurso de nuestra existencia con un papel fotográfico donde tu hermano puede copiar una y otra vez la misma imagen, siempre que quiera.

No le hemos explicado a nadie nuestro propósito, dijo el fotógrafo, de modo que todo se desarrolle sin influencia nuestra.

No sé si podrá lograrse, dijo Johanna, aunque tan sólo intentarlo ya vale la pena.

El intento de establecer una congruencia entre sentimientos, experiencias, pensamientos, relaciones, conclusiones y conocimientos engarzados en un orden temporal, explicó Diabelli, más aún, no ya la congruencia, sino la identidad, entiendes, debe comprobarse si, a un año de distancia, se puede aún sentir, experimentar, pensar, apreciar y conocer exactamente lo mismo en su orden temporal.

Pretendes, dije, transformar recuerdos en presente, aunque las leyes de la naturaleza no lo permiten.

Leyes de la naturaleza, replicó Johanna. ¿De veras hablas sobre leyes de la naturaleza? ¿No es una ley natural que nada en absoluto se haya alterado desde el año anterior, sino que todo permanezca igual y que todo siga siendo insoportablemente injusto y miserable en la misma medida inalterada? ¿Y no es también una ley natural que se ha sabido preservar la apatía circundante y las insostenibles relaciones dominantes con tanta excelencia que nuestro intento de *repetición de una fiesta* parece un juego de niños?

Pero ¿qué pretendes alcanzar con esto?, pregunté.

Aquello que para mi hermano, respondió Johanna, puede ser un interés científico-sistemático, hasta cierto punto completamente desquiciado, por saber si los invitados, que en absoluto pueden prever el propósito de este preparativo en marcha, se deslizarán y dirigirán inconscientes, siguiendo hasta cierto punto una prescripción, hacia una *representación* de sentimientos, relaciones, pensamientos y conocimientos igual que hace un año, dijo Johanna, es para mí, sobre todo, la curiosidad de saber si las personas son de verdad tan apáticas y planas como parecen, de forma que, satisfechos y felices, se disuelvan en la misma imbecilidad que rigió la fiesta del pasado año sin llegar a darse cuenta de ello en absoluto.

A esa imbecilidad es precisamente adonde no quiero ir a parar, repliqué, y menos aún siendo tan consciente y, sin embargo, estando igual de desorientado.

Dije: preferiría no tomar parte.

En la radio aún encendida podía oírse al locutor, han podido escuchar ustedes la redifusión de una conferencia de Kalkbrenner, y justo después el parte meteorológico: Esta noche lloverá.

¿Has oído?, dije. Esta noche lloverá, así empieza todo.

Correcto, dijo Diabelli, así empezó todo en verdad, pues también el año pasado se había anunciado lluvia para la noche, pero de camino hasta aquí debió de extraviarse o de quedarse atascada en algún lugar, en cualquier caso hubo entonces, como luego se recordará, una noche de fiesta despejada y llena de estrellas.

Me aparté, quería alejarme en silencio y sin más discusión.

No era tanto la testaruda cerrilidad de Diabelli, sino la autosuficiencia de Johanna la que me extrañaba, cómo había hablado de las relaciones circundantes, que nombrara

una sumisión aún dominante, pero camuflada ya hasta haberse desfigurado, pues consistía en que todos, siempre repetidos, fuésemos *usados* en nuestro perjuicio, pero sobre todo que otras personas debiéramos confirmarle a nuestra costa ese sentimiento tranquilizador, que su actividad a nuestras espaldas fuera una condición previa e indispensable de nuestra existencia; de ese modo nos diría que ella se consideraba libre de las costuras de tal vida, pues usaría a otros —de quienes probaría la dependencia, en especial porque se trataba de una dependencia respecto a ella— para afirmar su propia independencia, aquella a la que *sometía* incondicionalmente el desarrollo de su vida privada, como ahora con la fiesta venidera.

Cuando sospechaba que alguien deseaba someterla se sentía más libre que nunca, con la acusación del sometimiento ejercía la mayor de las presiones, e incluso cuando respondía con su afecto más cercano al anhelo soñado que se manifestase por ella, consideraba todo deseo de estar con ella como un ataque a su autonomía.

Ya me había alejado, atravesando el portón del parque hacia el camino de campo, sin reparar en las llamadas de Diabelli, que empezó a exigir, luego a implorar mi inmediato regreso, que no debía dejarlo ahora en la estacada y que se me necesitaba de inmediato, y de pronto oí a su hermana reprobándolo: ¡No debiste revelar nada a ese compositor, ha desperdiciado en vano la confianza que se le ha entregado!

El cielo es como un espejo ustorio llevado por cuerdas que tiembla sobre la llanura, pensé, y concentra sobre la ciudad la luz de la tarde, y pronto empezarán a humear las chozas y las matas en lo hondo del bosque seco, y ya veía el vapor alzarse desde los bosques de las afueras cuando reparé en unos pasos a mi espalda, Johanna me había segui-

do, me agarró, me aferró firme, cruzó sus manos en mi nuca, me miró y dijo:

¿Acaso no recuerdas, querido, tras la fiesta del año pasado, cuando estábamos los dos juntos? ¿Y acaso no quieres averiguar si podemos llegar de nuevo juntos a mañana del mismo modo, sintiéndonos de nuevo el uno al otro con tanta intensidad —más bello de nuevo que nunca—, sino también para saber de una vez por todas si las restricciones del tiempo son ajenas ya a esta relación, de forma que estemos por fin seguros de tenernos para siempre el uno al otro fuera de lo común? ¿No sería razón bastante para quedarse?

Los preparativos de la representación festiva de la noche habían concluido, en el tercio trasero del parque estaba con Diabelli junto a la orilla con espumas de una pequeña charca llena de algas y de agua perezosa, observaba allí una estatua de arenisca cubierta de musgo, quizá alguna ninfa antigua, Diabelli hablaba, seguía fundamentando de nuevos modos lógicos sus repeticiones festivas, hablaba de una misma fecha en el mismo día de la semana separada por el espacio de un solo año, una casualidad como sólo puede darse una vez en milenios y que, sin embargo, se volvía por completo incuestionable desde un ánimo sistemático y consecuente que tome en cuenta la necesaria intercalación temporal de años bisiestos para alcanzar el contenido de verdad que hay en el cálculo del tiempo.

Anularlo, debes anularlo todo, dije, porque las desgracias posibles, las peores de todas, aquellas que no pueden comunicarse a nadie y con las que no puedes contar, no deben repetirse.

En vez de responderme sacó una foto, aquí, dijo, una foto de ti en la fiesta del año pasado, una que sin duda no conoces.

En esa foto yo estaba junto a la estatua de arenisca y miraba de forma insegura y ansiosa hacia la hierba. Observé la estatua, después la foto de mí junto a la estatua, algo me incomodaba o no me cuadraba, sí, se trataba de la cabeza de la estatua, en la foto de la fiesta del año pasado le faltaba la cabeza a la estatua, mientras que aquella estatua presente tenía sin duda una cabeza.

Le alcancé de nuevo la foto a Diabelli, le pregunté si no le llamaba algo la atención.

No, no notaba que hubiera nada extraño en la foto. Ves, le dije, desde ahora mismo la repetición de la fiesta ya no puede tener lugar, por la foto resulta evidente porque en la foto de la fiesta del pasado año le faltaba a la estatua, como se ve, la cabeza, pero, si en este momento se observa la estatua aquí presente, esta dispone ciertamente de cabeza, no hay discusión al respecto, bien podría ocurrir que la estatua aquí presente, le expliqué al fotógrafo, no fuera en ningún caso la misma que había estado presente en la fiesta del pasado año y que a causa de la foto aparecía sin cabeza, sino que se tratara de una estatua por completo distinta, pero ya por esa pequeñez que él, Diabelli, no había considerado se malograba toda la festividad de la repetición antes de haber siquiera comenzado.

Diabelli no estaba muy impresionado por mi argumentación, no ha tomado nota, no lo entiende, pensé, es probable que sea demasiado súbito, es de suponer que no quiera asumir nada de ello, y el descuido o desdén de Diabelli en el tratamiento de la objeción por mí planteada, que con ideas tan distintas concernía a la fiesta prevista en la noche, me llevó a repetirle mi argumentación de modo más gráfico y comprensible, tomé de nuevo la foto, le exigí que la observara con mayor atención, aquí, dije, ves, en la foto sin duda la estatua sin cabeza, apunté con el dedo al lugar don-

de la estatua finalizaba con su corte en el cuello, allí donde debió de serle arrancada la cabeza, y aquí, ves, la estatua, esta estatua como puedes ver tiene ciertamente su cabeza, me acerqué a la estatua para hacer consciente a Diabelli de la cabeza encaramada sin duda al cuello de la estatua, lo mismo, pensé, no puede ver la cabeza, no quiere verla, por eso quería llamarle la atención de forma enérgica, de lo contrario me desmentiría, pensé, de inmediato, la cabeza de la estatua, ves, aquí la cabeza en la estatua, grité a Diabelli, y aquí en la foto del año pasado, le repetí de nuevo la aclaración, no hay cabeza, nada aquí en su lugar, con mi índice derecho tracé por el cuello de la estatua aquella línea donde la cabeza se interrumpía en la fiesta del año anterior, aquí, en este lugar a la estatua de la fiesta del año pasado se le quebró, se le cayó por alguna razón la cabeza, le mostraba a Diabelli de manera tan gráfica como podía, y ya ves, dije entonces, la cabeza en esta estatua aquí dispuesta está firme, muy firme, no va a caerse del cuello tan pronto como en la otra estatua de la foto, y para demostrarle correctamente al fotógrafo la estable firmeza de la cabeza situada en la estatua junto a la que yo me encontraba quise agarrar de la nuca a la ninfa de arenisca, pero, apenas rocé con suavidad su cogote, a la pétrea diosa se le desgajó la cabeza del cuello, quebrada cayó a mis pies sobre la hierba.

Justo en ese instante hizo Diabelli una fotografía, sacó la imagen del dispositivo, aquí, ves, dijo, y vi: en la foto yo estaba junto a la estatua de arenisca y miraba de forma insegura y ansiosa hacia la hierba; aquello me sonaba: se trataba de la foto del año anterior, que él me había mostrado antes, fotografía por completo idéntica, y cuando se contemplaba ambas imágenes contiguas nada podía hallarse que permitiera distinguir a una de la otra.

Diabelli recogió de la hierba la cabeza caída de la estatua y volvió a colocársela a la ninfa. Estas nunca son tan firmes como se les exige, dijo.

Seguí observando algunas de las fotos de Diabelli del año anterior, en una de ellas estaban muchos de los invitados en torno a la pequeña charca al fondo del jardín, se veían sus miradas tan serias y fijas, hundiéndose reunidas en el agua, eso me hizo recordar una música como nunca había podido oír hasta entonces ni podría oír después, cómo había podido dejar con tanta imprudencia en el olvido algo así, cuando era lo más hermoso que me había ocurrido hasta entonces en tonos audibles. Sé lo que te propones, le dije a Diabelli. Pretendes transformar recuerdos en presente y congelar el tiempo de las próximas horas de nuestra vida para convertir las figuras de nuestro hace-un-año en una sola fotografía monumental, y para hacerlo pretendes usar un pedazo de nuestro presente venidero, *pero yo recuerdo una música como hasta entonces no me fue posible alcanzar y como hasta hoy no he podido por desgracia recibir de nuevo. Eran sonidos que en sí mismos se diluían. Esa pieza musical, le expliqué a Diabelli, que era por desgracia muy breve, interrumpió, aunque fuese muy poco, la fiesta el año pasado y justo después de sonar, ya que nadie pudo explicar algo así, fue dejada en el olvido o negada. Naturalmente una música así no puede por desgracia repetirse. Pero si contra toda expectativa algo así fuera a percibirse otra vez, pongo toda mi esperanza en que tal música interrumpa esta noche la fiesta más tiempo que el año pasado, para que no pueda volver a dejarse en el olvido o a negarse tan fácilmente.*

Recuerdo, tan repentino como me sucedió, el comienzo de la fiesta, un racimo de personas había entrado apretujándose

por el portón del jardín, se desperdigó por el parque atardecido entre los arbustos, la música había empezado a sonar, se encendieron farolillos, rostros desconocidos se iluminaban entre sí, la gente vagaba ante los cuadros que pendían de los árboles, se demoraban en una observación vacilante, como si cada vez más cerca de las imágenes fueran a adentrarse lentamente en ellas o a ser absorbidos, tragados por ellas como figurantes, como piezas de representación móvil en la exposición de Florian Waldstein, que estaba sentado, silencioso, en un sillón de mimbre y siempre que se le dirigía la palabra arrugaba la frente, apartaba los ojos y con tales ademanes, sobre todo con las peticiones aparejadas de que se le dejara, dentro de lo posible, tranquilo, provocaba la impresión de estar pasando un dulce tormento.

Si se trataba de un conocido más cercano, el artista deponía aquellos movimientos faciales que el profano tomaba por arrogancia, en tanto que aquel había aprendido a deducir cuándo quería que se le hablase y cuándo no, dado que su descontento ocasionaba igualmente que no se le hablara cuando sí quería que se le hablase.

En ningún caso debe dirigírsele la palabra, oí a Johanna explicarle a la esposa del proctólogo, si en ese momento está observando algo, un paisaje, una construcción, personas, como ahora. Lo peor que uno puede hacerle al pintor es comentarle precisamente aquello que observa mientras lo está observando, se toma como una desmesurada insolencia que alguien pretenda tutelar sus observaciones mediante comentarios en voz alta.

Para contribuir a las aclaraciones de Johanna sobre las fórmulas de cortesía del pintor, dije, debe usted hablarle tan sólo cuando haya cerrado sus ojos, pues entonces puede usted estar medio segura de no interrumpir alguna de sus ob-

servaciones. Cuando no observa nada y desea que se le hable, comenzará, siempre que sea usted alguien de su confianza, una conversación con los ojos cerrados. Se diría que son las conversaciones más interesantes que, si está él con los ojos cerrados, tiene una ocasión de entablar con él, la imagen de sus ojos cerrados le añade a sus escogidas palabras una gran paz, mesura y prudencia.

Esto parece evidente, replicó la esposa del proctólogo.

En ningún caso debe usted cometer el error, subrayó Johanna, de dirigirse a él de inmediato si siente que la mira, aunque por ello tuviera la completa impresión de que aguarda que usted le diga algo; en el caso de que la mire, será una segura señal de que la está observando y no debe usted en ningún caso interrumpirlo durante las observaciones de su persona, ese sería el mayor error en el que podría usted caer.

Sólo cuando haya cerrado los ojos, eso debe notarlo usted.

Y aun entonces es también de importancia aclarar con precisión previa si tiene los ojos cerrados porque no está observando nada o si tiene los ojos cerrados porque duerme.

Pues si el pintor ha cerrado los ojos porque está durmiendo, se halla entonces enredado en las observaciones más complejas que uno pudiera imaginarse.

Pues cuando duerme observa sus sueños.